

ANTÍGONA... ¡CERDA!

INTRODUCCIÓN

DOMINGO MIRAS
Dramaturgo

Fue en el año de gracia del Señor de 1983 cuando alcancé el honor de incorporarme a la nómina de los «prologuistas riacescos», tal como nuestro común prologado nos llamaba para separarnos, distinguirnos y elevarnos sobre la innumerable manada de los demás prologuistas, los prologuistas genéricos, ordinarios, comunes y corrientes que constituyen el confuso montón de los otros.

Han pasado más de veinte años desde entonces, y ni yo soy el que era, ni creo que lo sea Riaza, pues el padre Cronos poco a poco nos devora y, al cabo de dos décadas pasadas, ya son las mutilaciones demasiado visibles. No somos los mismos, no. Y a sabiendas de ello, en un alarde de arrogancia, voy a prologar lo que entonces prologué: de nuevo sobre la virgen tebana, tendré que hablar de lo mismo sin decir lo mismo, tendré que moverme en el mismo predio, en la misma finca, así es que algo tendrá que quedar de aquella gozosa experiencia a pesar del tiempo cruel. Pero el tono será distinto, qué duda cabe.

Lo ideal hubiera sido que Riaza se prologara a sí mismo, que uno de sus famosos autoprólogos, que tanto me deleitan a mí cuando los leo como a él cuando los escribe, encabezara cada una de sus obras, puesto que... ¿quién puede explicar el sentido, la intención, el alcance, las claves, los subtextos y los enigmas y todo el galimatías, en fin, que manifiesta o tácitamente se encierra en la obra dramática, mejor que el mismo que la hizo? Lo mismo que el mejor director del montaje de un texto es el autor, por ser quien mejor lo conoce, también el mejor exegeta de la obra escrita es el que la escribió, qué duda cabe. Sin embargo, la teoría general que padecemos sostiene que el

director ideal no es el autor sino el extraño, porque éste, desde la distancia de su propio extrañamiento, descubrirá en el texto matices, bellezas y hasta ideas y conceptos que el autor puso ahí sin saber lo que ponía, lo que sin duda es el colmo de la ignorancia. También tenemos que ser los «prologuistas riacescos» los que sabemos de Riaza más que Riaza mismo, los que podemos hablar de su obra con mayor acierto con que lo haría él en uno de esos autoprólogos tan lúdicos y profundos que con visible complacencia se compone y adereza y que son verdaderas creaciones literarias. En fin, seré de nuevo el glosador y exegeta, el «sabio estudioso» de aquel prólogo de 1983, del que, entre otras cosas, se decía: *Y hará análisis, y hará exégesis de la «opera omnia» del gran hombre, y escribirá doctos y prolijos comentarios y notas, y comentarios a los comentarios y comentarios a las notas, y notas a los comentarios y notas a las notas, y no hablaré ya de los comentarios a los comentarios de los comentarios o tercera generación de comentarios y tercera generación de notas, y ulteriores y sucesivas generaciones de los unos y de las otras, que se irán reproduciendo (los comentarios en el desván y las notas en el sótano de la Casa de los Copistas) hasta la consumación de los siglos, cada vez en mayor medida y en la misma progresión geométrica en que se extenderá la gloria riacesca. No tomes a broma si es que existes, oh, improbable lector (pues es uso común omitir la lectura de los prólogos), lo que has leído en cursiva: ya ves que, sin ser ni por asomo un «sabio estudioso», estoy haciendo precisamente un comentario del comentario...*

¡Oh, Tebas, la de las siete puertas, fecunda en desgracias! ¡Oh, infortunados cadmeos! ¡Oh, desastrado destino de los labdácidas!

El fundador Cadmo había matado en sus verdes mocedades un dragón perteneciente al furibundo Ares, y al cabo de los años, cuando la triste vejez doblegó sus espaldas, vio a su nieto Acteón convertido en ciervo y devorado por los perros, a su nieto Penteo descabezado por su madre, que lo confundió con un león, y a su hija Semele abrasada por los rayos de un amante demasiado poderoso, entre otras varias desgracias de menor cuantía. Para aplacar a los dioses y conjurar al destino se despojó de su condición humana junto con su esposa Harmonía, y ambos abandonaron Tebas convertidos en serpientes que se fueron reptando por el monte. ¿Se habían arreglado las cosas? ¿Quedaba asegurada su progenie? ¿Podría ya reinar tranquilo su otro nieto, Lábdaco, hijo de Polidoro? Todo parece indicarlo, pues cuantas viejas

tablillas y venerables códices he consultado en la Casa de los Copistas han sido unánimes en la ausencia, durante largo tiempo, de datos negativos o inquietantes hasta el desdichado viaje que el hijo de Lábdaco, el joven Layo, hizo a las áridas tierras del Peloponeso, cuando Anfión y Zeto construyeron la muralla tebana con sus siete puertas que tanto darían que hablar y que escribir. ¿Vivía Lábdaco en estos días, o moraba ya en el Hades? No he podido averiguarlo. Lábdaco se nos pierde, y es ya su oscuro hijo el único que aparece para ser en vano interrogado: Layo, Layo, ¿qué ha sido del joven Crisipo? Pero Layo contesta si es acaso el guardián de Crisipo, y abandona cuanto antes la casa de Pelops, que se ha tornado enemiga.

De regreso en Tebas y casado con la hija del rico Meneceo, una chica que se llama Yocasta, a la muerte de Anfión se hace el amo del pueblo. Nacerá Edipo, y para qué seguir: ya estamos en una historia hartó divulgada, una historia en que la catástrofe se aparecerá de nuevo, no sabemos si atraída por la muerte de Crisipo o por una metástasis del antiguo pecado de Cadmo, aún no bastante purgado. Por una u otra causa, lo cierto es que la avalancha de nuevos cataclismos se desploma sobre Edipo y su gente, y al final vendrá Antígona, con su vocación de enterradora.

Una vocación políticamente incorrecta, pues la ciudad acaba de promulgar una ley penal contra los sepultureros: pena de muerte para quien entierre cualquier cadáver del derrotado ejército invasor. Una ley que contraviene a otra inmemorial y no escrita, inspirada por los mismos dioses, que impone el piadoso deber de dar sepultura a los difuntos. He aquí dos leyes en conflicto: la ley positiva, debidamente aprobada por el Congreso de los Diputados y ratificada por el Senado, frente a la ley de inspiración divina e impresa por la naturaleza misma en el corazón de los hombres.

Cuando a mis 17 añitos empecé a estudiar Derecho, había en primer curso una asignatura que se llamaba Derecho Natural, que trataba precisamente de estas leyes sagradas que Dios estableció al crear al hombre y que en función de ese origen son superiores a las leyes positivas, de origen meramente humano. El libro de texto que trataba este tema insistía tanto en la prioridad y la santidad de este Derecho, que a mí me parecía que era cosa de curas (y lo era, efectivamente) y me mofaba de él en el secreto de mi conciencia de jovencito grosero y petulante. ¿Cómo no vino el espectro de Sófocles a darme una colleja?

Frente a la nueva ley de gestación humana que prohíbe enterrar a Polinice, Antígona invocará la ley de origen divino para darle sepultura, desafiando el mandato de la ciudad:

*¡Polinice, hijo de Edipo, rey!
 ¡Polinice, yo, Antígona,
 hija de Edipo, rey,
 y hermana tuya,
 te prometo que cubriré de tierra viva
 tu cadáver
 como los dioses antiguos
 mandan que se haga!*

¡Y descolgará el pollo!... –¿Qué pollo? –Pues, el pollo muerto y desplumado que representa el cadáver de Polinice...

Estamos en el mundo de Riaza. En el teatro de Riaza. En el sarcasmo de Riaza, en la burla con que contempla el tinglado de la sociedad y a quienes lo niegan desde dentro al tiempo que se instalan en él. Y, concretamente, estamos en ANTÍGONA... ¡CERDA!

La demolición del mito empieza por la propia Tebas. Aquella muralla horadada por las siete puertas insignes, la Preto, la Electra, la Leite, la Onca Atenea, la Bóreas junto al monumento de Anfión, la Hemoloida, y la séptima innominada, mancillada por el baldón de haber sostenido y dado asiento a la lucha doblemente fratricida. Todo ese ilustre ámbito formado por la muralla, el palacio y el campo de batalla, es una simple plataforma (el palacio, la ciudad), una superficie vertical (la muralla), y el vacío en torno, el campo de combate sembrado de pollos muertos y desplumados, monos, perros, trozos de carne sanguinolenta, casquería, mezclados con algunos maniquíes humanos, enteros o troceados, para dar a entender que todo es uno y lo mismo, un indiferenciado conjunto de despojos de batalla. Ganchos de carnicero coronan la altura de la muralla, y el Coro de lúgubres castellanos zuloaguescos ensartará en ellos los cadáveres de los enemigos (*corrompida despensa de moscas y gusanos*), los cachos de maniquí, los desplumados pollos, los hígados o costillares de troceadas reses, metáforas perfectas, imágenes fidelísimas de los humanos difuntos, puesto que tanto los unos como los otros no son sino una sola y la misma cosa: materia orgánica en vías de descomposición. ¿Qué

diferencia, pues, entre el desplumado pollo y el yacente Polinice? Mucho más exacta y literal es esa representación que la de un actor vivo que se finge muerto. Así, Riaza reproduce el acto del patriarca Abraham, sustituyendo a la víctima pero sin sustituir la muerte real, mientras que la práctica habitual del teatro es la contraria.

Los despojos de Polinice irán también a la muralla:

*Escupitajos y lodo sobre él
y a las murallas luego.
A las tripas de los buitres con él.
Démosle el destino
que bien se mereció:
hagamos que termine
en cagada de pájaro.*

¿Puede la piedad de Antígona permitir tal cosa? ¡Cuidado! La ley de la ciudad es implacable:

*Y aquel que lo enterraré
apedreado ha de ser hasta la muerte.
Tal será el castigo
de quien prive a mi buen pueblo
del sano ejemplo de ver cómo se pudre,
ayuno de divinidades,
un traidor a su patria y condición.
Tal será el castigo
para el que cubra de tierra
a Polinice.*

Antígona apelará a la ley divina frente a la ley humana. Amparada por la primera, considera que la segunda carece de poder imperativo y no puede, por tanto, obligarla a obedecer. Ella se siente libre respecto de la ley de la ciudad, que es contraria a la ley de los dioses y, por tanto, injusta. No la obedecerá, pues.

Obsérvese el contraste que ofrece el criterio de Sócrates, que decía que las leyes injustas deben cumplirse, y aun con mayor celo y exactitud que las

justas, pues así se hace ver a los gobernantes la necesidad de cambiarlas (si será ingenuo). La libertad consiste en la capacidad de ejercer una opción: Antígona optaba por no cumplir las leyes que vulneran la justicia, y Sócrates por cumplirlas. Elegían opciones distintas, pero uno y otro elegían: ambos eran libres.

La dulce Ismene, o sea, el riacesco hermano jipi de los mil collares tumbado a la bartola, hace su elección: ella/él está por Sócrates: yo obedezco a los que mandan, manden lo que manden; y si la flagrante injusticia que mi obediencia patentiza no les hace cambiar la ley, eso es cosa suya, allá ellos, a mí que me cuentas. Claro, que Ismene no leyó a Platón ni conoció a Sócrates, pero esa menudencia no le impidió obedecer lo injusto, para... ¿forzar el cambio de la ley?, ¿salvar el pellejo? ¿Y qué importa? El acto es el mismo, y su íntima motivación pertenece al secreto de confesión.

Antígona, en cambio, elegirá la rebeldía. La rebeldía frente al poder de los hombres, porque ella está con los dioses que veneró desde su infancia: ¿quién es Creón, quiénes son los ancianos de los sombreros gachos para mandar impiedades? Si los demás no se atreven a enterrar a sus deudos, yo sí enterraré al mío, faltaría más. Y que no me venga mi querido tío con zalamerías. Como yo soy una rebelde juvenil, le contesto insultándole, sacándole la lengua, poniéndole dos palmos de narices. En el fondo, a la Antígona riacesca le importan un bledo los dioses, se lo dice bien claro a su tío Creón:

ANTÍGONA.— No empieces a escamotear la realidad con tus historias de teatro. Ni quieras reducirlo toda a croniquejas de familia. Hubiera enterrado, lo mismo, los residuos de una lagartija. Lo contrario de lo que hubiese ordenado el rey.

I-CREÓN-H.— Ya entiendo: el caso era desobedecer.

ANTÍGONA.— Ni más, ni menos.

Rebelde sin causa. Suena a Nicholas Ray. La juventud disconforme, la juventud contestataria, la juventud revolucionaria. Hay que degollar a los cochinos burgueses, hay que rescatar la libertad. ¡La juventud libertaria! La juventud...

Juventud, divino tesoro, ya te vas para no volver...

Se va la juventud, se va la rebelión... ¡Adiós, Antígona! La túnica roja de la rebelde Antígona se quedará en el mito, en la literatura, hasta en la crítica, mientras que la joven real que la encarnó se sienta, muda, en la mesa del banquete nupcial, después de la ceremonia social, de la boda por la Iglesia, de la boda por el juzgado, de la solemnidad por la que su ciudad la acoge en su seno tras los pasados y disculpables desvaríos juveniles de sobrinilla mimada por el bondadoso tío:

.....
*Pero el tiempo y la sazón de la edad
lo harán regresar a la sabia razón.
Como en un caliente estuche,
el hombre, la maravilla entre las maravillas,
por la madura seguridad se dejará envolver
y las leyes acatará de la ciudad
ya para él definitivamente abierta
y propicia.*

Las jóvenes Antígonas hirsutas y rebeldes devendrán orondas madres de familia abrigadas en visón, consumidoras de té con pastas y de comedias musicales, poseídas de santo horror por el camino que lleva España, y sin oír a la olvidada Antígona juvenil que les susurra al oído: Antígona... ¡cerda!

ANTÍGONA... ¡CERDA!

Personajes

ANTÍGONA

ISMENE-CREÓN-HEMÓN

CORO

**PREFACIO POÉTICO PARA PENETRAR ENTRE PRÓLOGO Y
PIEZA, CON LA PERSONALIDAD PROMISCUA DE LA PRINCIPAL
PROTAGONISTA, LA PLURAL PRINCESA PANTÍGONA**

*As the dust clear, the sentinels see a
young woman hovering over the body.*

STEINER
«Antigones» 3-4

Encarnación de la revolución,
avanzas a través de tres mil años
con un estandarte color sangre
alrededor de tu pujante pecho,
una túnica hecha jirones
y el ombliguito al aire
e, incrustado en él,
el *piercing* primoroso
de un rojo y rabioso rubí.

Petite putain respectueuse
con lo que los dioses viejos
dispusieron sobre que los vivos
debían enterrar a los muertos,
evitar con ello convertirlos
en colgajos bamboleantes
de las ramas de un árbol seco,
y no ser extirpados de tripas,
picoteados los ojos

y repelados de pelleja
por los pajarracos carroñeros
y poder disfrutar así,
no deshechos en cachos,
de la eterna verbena
del verbo divino.

Furia siempre dispuesta
a rebelarse contra toda tiranía
fuera la de *Creonte*,
fuera la de *Pericles*,
fuera la de *Tiberio*,
la del obispo *Cauchon*,
la del mariscal *Petaín*,
o del tetrarquía de El Pardo,

Todo para dar preferencia,
sobre el buche de los abantos,
a las tripas alargadas
de las larvas *croque-morts*,
 (¡lástima que quedara fuera
 de la ortodoxia de moda
 largarse en vuelo a la nada,
 compinchadas las cenizas
 con el vaivén del viento,
 para deprimente chasco
 de gusanos, avechuchos
 y **resurreccionantes**
 arcángeles trompeteros!)

terminando por ello
en un fúnebre agujero
con el himen intacto
para ser desvirgadita
por *Monsieur Death*,
a no ser que fuera
por *Mister Mort*.

Más te hubiera valido
servirte de tu otra mitad,
para ser deszoncellada
a punta del príncipe Hemón,
del príncipe Raniero,
del príncipe Carlos
pariendo nuevos príncipes
para la tebana patria
u otras tan idolatradas,
y mandando a los dioses,
sean viejos o nuevitos,
a la puñetera mierda.

(Añadidajo con moralejilla.)

Tenemos una Antígona roja
y una Antígona cerda, arrebujadas
ambas dos bajo el mismo pellejo
en forma de bicéfalo revoltijo,
o del doble de novelero prestigio.

El espacio escénico se compondrá de una plataforma central un tanto elevada sobre el suelo de la escena con una potente iluminación sobre ella. Alrededor, una extensión mucho menos iluminada.

A todo lo largo del lado posterior de la plataforma se habrá dispuesto una superficie vertical de gran blancura, y en la parte superior de la misma, también todo a lo largo, un artilugio de hierro con ganchos como los existentes en los mataderos para colgar las reses sacrificadas. Se accede a este artilugio por una o varias escaleras de madera viva.

En la extensión de alrededor de la plataforma se encontrarán, amontonados en ciertas partes y dispersos en otras, maniqués o muñecos, enteros o troceados, unos desnudos y otros vestidos. También se hallarán algunos animales muertos –pollos, monos, perros, etc.– reales o fingidos. Algunos de los pollos están desplumados y alguno de los perros despellejado. Trozos de carne sanguinolenta. Por último, piezas ortopédicas, brazos, piernas, etc.

La plataforma estará desnuda, a excepción de un arca alargada, un sillón y dos sillas estilo Luis XV, doradas y tapizadas de rojo. La plataforma será de una blancura total.

Los componentes del CORO vestirán largas capas de color pardo y enormes sombreros. Se sugieren los castellanos pintados por Ignacio de Zuloaga en el cuadro «El cristo de la sangre» o por Valentín de Zubiaurre en el titulado «Autoridades del pueblo» (Museo Nacional de Arte Contemporáneo, de Madrid). Llevará cada componente un enorme bastón o cayado, mucho más alto que su respectivo sustentador.

ANTÍGONA, *una túnica roja con arreglo a las vestimentas del teatro clásico griego. Se encuentra sentada o agazapada en el centro de la plataforma, tapado el rostro por una larga melena –una peluca– negra.*

Al personaje ISMENE-CREÓN-HEMÓN no se le distingue, acostado como está sobre el arca y cubierto por telas.

CORO.— Estamos en Tebas.
Esta plataforma chorreante de luz
es nuestra patria, inmensamente amada,
puesto que nosotros
el privilegio y honor hemos tenido
de tebanos nacer.

(Señalan el exterior de la plataforma.)

Por lo que respecta
a las penumbras que rodean
a nuestra ciudad,
ayer eran, tan sólo ayer,
ámbito de guerra y de desolación.

La ambición de Argos y su ferocidad
embestían como bestias rabiosas
contra las siete puertas que nos guardan.

Aquí derramó su generosa sangre
nuestra mejor hombría
y, ahora, a nuestros héroes
cumple que nosotros
digna sepultura demos,
como los dioses tutelares
disponen que se haga.

(Han ido cogiendo durante su parlamento algunos de los muñecos y de los animales muertos y los tiran debajo de la plataforma.)

Y ese montón de carne inútil,
 esa corrompida despensa
 de moscas y gusanos,
 son las argivas ratas
 que sobre el barro reventaron
 antes de que los suyos
 de retirar se hubieran
 con la espada mellada
 y la derrota entre las piernas.

A tales perros les colgamos
 de lo más alto de lo alto
 de nuestras murallas
 para que los radiantes dioses
 nieguen su entrada a tan sucia carroña
 en su sagrado entorno.

(Habrán ido colgando de los ganchos algún animal y trozos de carne, piezas ortopédicas, etc. Un componente del CORO se acerca a los despojos. Escarba con su bastón. Saca un pollo desplumado.)

COMPONENTE DEL CORO.—

¡Venid todos! ¡Ved esto!

OTRO.— ¡Es él! ¡No cabe duda!

OTRO.— ¡Es él! ¡El heredero,
 el príncipe, el delfín...!

OTRO.— ¡La más noble sangre de Tebas
 por inmensa desgracia
 derramada del todo!

CORO.— ¡Es él! El mismo Etéocles,
 es el hijo de Edipo,

el que, centelleante,
 corría de un lado a otro
 buscando los lugares
 en los que la batalla
 encendía sus lumbres
 más enhiestas...
 ¡Es él! El mismo Etéocles,
 el que habría de reinar
 sobre la larga paz
 que espera, de ahora en adelante,
 a nuestra Tebas...
 Lavemos sus heridas
 con vino caliente
 y conduzcámosle
 a su segundo y reposado
 reino.
 Monos y doncellas
 enterremos con él
 para su deleite
 trasterreno.

(Conducen al pollo y lo depositan debajo de la plataforma. Otro componente del CORO se acerca a otro montón de despojos y, después de escarbar, saca otro pollo idéntico al anterior.)

COMPONENTE DEL CORO.—

¡Venid todos! ¡Ved esto!

OTRO.— ¡Es él! ¡No cabe duda!

OTRO.— ¡Es él! ¡El renegado,
 el felón, el desleal!

OTRO.— La sangre más degenerada de Tebas
 felizmente ya expulsada del todo

de su sucia vasija,
de su pinchado odre.

CORO.— ¡Es él, Polinice,
el que, con suprema impudicia,
se pasó al enemigo.

(Escupen sobre el pollo y alguno de los componentes del CORO lo arrastra por la escena.)

Escupitajos y lodo sobre él
y a las murallas luego.
A las tripas de los buitres con él.
Démosle el destino
que bien se mereció:
hagamos que termine
en cagada de pájaro...

(Atan una cuerda del pescuezo del pollo y lo cuelgan del gancho central de la «muralla». Suena un timbal. Se destaca un componente del CORO.)

Habla el heraldo de Creón,
el nuevo rey de Tebas.

COMPONENTE-HERALDO.—

Y aquel que lo enterrare
apedreado ha de ser hasta la muerte.
Tal será el castigo
de quien prive a mi buen pueblo
del sano ejemplo de ver cómo se pudre,
ayuno de divinidades,
un traidor y su patria y condición.
Tal será el castigo
para el que cubre de tierra
a Polinice.

(En este momento, ANTÍGONA descubre el rostro de la melena que lo tapaba. Grita.)

ANTÍGONA.— ¡Polinice!

CORO.— ¡Ya tenemos aquí a esa Antígona,
a esa viborilla lengüilarga,
a esa levantadora de porfias!
¿Esperanza de ordenar paz
no podremos jamás
tener en Tebas?

(Rodean la plataforma y se sientan como espectadores de la acción que en ella va a desarrollarse.)

ANTÍGONA.— ¡Polinice, hijo de Edipo, rey!
¡Polinice: yo, Antígona,
hija de Edipo, rey,
y hermana tuya,
te prometo que cubriré de tierra viva
tu cadáver
como los dioses antiguos
mandan que se haga!

*(Se acerca al arca donde se encuentra acostado y oculto bajo las telas el personaje ISMENE-CREÓN-HEMÓN.
ANTÍGONA agita las telas.)*

¡Despierta, Ismene!
Es tiempo de actuar, hermano...

CORO.— ¿Hermano...?
Esa impenitente transgresora,
en su afán por cambiar
lo que está escrito,
hace ahora de Ismene

(esa dulce muchacha
que describieron los padres del teatro)
un hombre...

ANTÍGONA.— ¡Despierta, Ismene! ¿Cómo puedes dormir?

(Se destapa ISMENE-CREÓN-HEMÓN. Aparece vestida con el atuendo de un moderno joven «contestatario»: chaleco de fantasía sobre el torso desnudo, pantalón de cuero, cinturón de enorme hebilla, collares con amuletos, etc.)

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— ¿Qué quieres, hermanita? A pesar de todas las preocupaciones me venció el sueño. No le pude evitar...

ANTÍGONA.— ¡Esta noche, precisamente! Cuando necesitamos todo nuestro cuidado para realizar cuanto tenemos pensado... ¡Duermes demasiado!

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— He dado mil vueltas al proyecto y, te lo diré de una vez, Antígona; creo que debemos abandonarlo.

ANTÍGONA.— ¡Ya entiendo! Todos esos quebraderos de cabeza eran producidos por el miedo. Tiembles ante la idea de contrariar al viejo.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— ¡Llámame cobarde, si quieres! Pero si tuvieras un ápice de cordura, tú también abandonarías la idea de quebrantar lo dispuesto sobre Polinice... Al fin y al cabo, nuestro pobre hermano...

ANTÍGONA.— *(Le corta, seca.)* ¡Se opuso al señor de Tebas!

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Alguien, después de todo, de su sangre.

ANTÍGONA.— ¡Un jefe! ¡Fuera de la sangre que fuera!

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Yo no me enfrentaré con él.

ANTÍGONA.— ¡Ya me lo has dicho! Tú prefieres continuar con tu situación. Agarrado como un piojo a tus privilegios de principito regalado.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Sencillamente, prefiero continuar viviendo.

ANTÍGONA.— ¡Vivir...! Así llamáis vosotros a completar vuestro destino de corderos lanudos. Debajo de vuestros torvos atuendos, debajo de vuestra piel de lobo, sólo borreguitos dispuestos a las peores concesiones... ¡Be...! ¡Be...!

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— ¡Si tanto te molestan estas ropas...!

ANTÍGONA.— ¡No te las quites! Después de todo, tu podrida conciencia tiene necesidad de ser tranquilizada. ¿Cómo te harías perdonar a ti mismo la

leche bendita que mamaste? ¿Cómo el haberte beneficiado siempre del dinero bendito de papá? ¿De qué manera camuflar tu dulce vida a base de humos hasta la medianoche y de levantarte al mediodía, con la mesa ya puesta?

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Te perdono estos arrebatos tuyos. Conozco lo impulsiva que eres.

ANTÍGONA.— Y, para disimular tanta exquisitez parasitaria, te plantas una camiseta con sangre, se diría, del último guerrillero sacrificado y te cuelgas del pescuezo un collar hilvanado, por lo menos, con huesecitos de degollados burgueses... ¿Quién llegaría a pensar que, debajo de tal gengiskán, se encuentra el principito chupador de marras? Mierda por fuera y colaboración por dentro, así eres tú y así son todos los de tu ralea.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Y tu pastel, hermanita: ¿qué crema tiene por dentro?

ANTÍGONA.— Yo estoy rellena de libertad, hermanito.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— ¿Y no será, más bien, de muerte?

ANTÍGONA.— La una y la otra andarán siempre enredadas mientras vosotros y vuestros papás continuéis coleando.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— ¡Adelante, entonces, con tu libertad, hermana Antígona!

(ANTÍGONA se dirige, con un cuchillo que habrá sacado de entre sus ropas, al colgado pollo-Polinice. Queda con el cuchillo levantado, en posición «congelada», mientras habla el CORO. Entretanto ISMENE-CREÓN-HEMÓN saca del arca una túnica blanca y sencilla, también de la época de la tragedia clásica, y se lo pone tomando la faceta de ISMENE-CREÓN-HEMÓN. Todo a la vista del público. Habla el CORO.)

CORO.— ¡Adelante, Antígona!
 ¡Adelante con tu tremebundo papel
 de trastocadora de universos!
 Avanza con tu famosa libertad a cuestras
 pero ten gran cuidado
 a tropezar no vayas
 con cualquier honesto defensor

de las normas tebanas
y te vayas a romper
tus heréticos
hociquitos de zorra.

*(ANTÍGONA corta de un tajo la cuerda de la que pende
el pollo-Polinice. Gran grito del CORO.)*

¡Sacrílega!
¡Venenosa sacrílega!

(Otro gran grito de ANTÍGONA.)

ANTÍGONA.— ¡Creón!

CORO.— Ha llegado tu turno, rey Creón.
Hora es ya de que limes las uñas
de ese peligroso retoño de fiera.
Que tu sabiduría y experiencia sirvan
para que su actitud levantisca deponga.
No es procedente, ya desde el principio,
acudir a la enojosa violencia.
Mas si al fin, por desgracia,
se debe recurrir a ella
nuestras manos no vacilarán
en recoger del suelo de la patria
las piedras con las que ejecutar
tu justa y soberana sentencia.

ANTÍGONA.— *(Grita de nuevo)* ¡Creón!

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— *(Avanza hacia ANTÍGONA.)* Ah, ranita..., ¿eres tú?
Con todo ese griterío delante de palacio no te sentí llamar. Pero no te
quedes ahí. Tu tía debe de andar por el jardín.

ANTÍGONA.— Puedes ahorrarte las frases de siempre: «No te quedes ahí», «Tu
tía te ha preparado tu postre favorito», «¿No das un beso al tío?»... No
soy la sobrinita que viene, como tantos domingos, a la casa del querido
hermano de mamá...

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— ¡Vaya, vaya...! No parece venir hoy de muy buen talante la jovencita. ¿Qué te ocurre?

ANTÍGONA.— ¿No te lo ha contado tu servicio de armas? He descolgado de su gancho a ese pobre bicho.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— ¿De modo que te has atrevido a enterrar el cadáver de tu hermano? Quiero suponer que no conocías mi edicto...

ANTÍGONA.— No empieces a escamotear la realidad con tus historias de teatro. Ni quieras reducirlo todo a croniquejas de familia. Hubiera enterrado, lo mismo, los residuos de una lagartija. Lo contrario de lo que hubiese ordenado el rey.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Ya entiendo: el caso era desobedecer.

ANTÍGONA.— Ni más, ni menos.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— ¡Qué chiquillada! Entrar por la puerta donde dice «salida» y salir por la que dice «entrada». ¿Y qué ganas con ello?

ANTÍGONA.— ¿Preguntas que qué gano? Cada vez que se disiente del orden y de las órdenes de palacio, lo seguro es perder.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— ¿Entonces, criatura...?

ANTÍGONA.— ¿Hay que actuar, como vosotros, únicamente olfateando la ganancia? Inundáis Tebas de carteles para ganar el dinero a sacos y colgáis los cadáveres de las murallas para *ganar* esa seguridad política que se cimienta en el terror. Siempre ganáis.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Estás equivocada, ranita. Y, sobre todo, en emplear el «vosotros» como si te dirigieras al más nutrido auditorio. Sólo tienes frente a ti a tu viejo tío.

ANTÍGONA.— Lleno de comprensión y de indulgencia, ¿no?

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Así es. Aunque esa especial hostilidad de que hoy haces gala venga a poner un velo a tu comprensión. ¿Qué mosca te ha picado, ranita?

ANTÍGONA.— Sigue llamándome ranita. Y mosquita. Y jilguerillo. Es la mitad de tu juego. Las cartas de tu primer envite que, en general, te son suficientes para ganar. Pero a veces tienes que recurrir al naipe que siempre guardas, por si acaso, para la última baza.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— ¿Y cuál es ese famoso triunfo?

ANTÍGONA.— El prohibir, bajo pena de muerte, que las ranitas y las mosquitas y los jilguerillos realicen lo que no conviene a tus intereses.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Al parecer va a prolongarse esta discusión más de lo previsto. Nos vamos a cansar. (*Señala el sillón.*) Anda, siéntate.

ANTÍGONA.— *(Sin moverse.)* Gracias, señor. Tu cortesía es digna de un rey.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Bueno, ranita: si tú no te sientas, lo haré yo. A mi edad no se tienen ya los huesos de acero... *(Se sienta.)* ¿Decías?

ANTÍGONA.— Que te comportas como todo un rey.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Soy un rey.

ANTÍGONA.— A lo que se ve, un rey que se fatiga con facilidad. ¿Qué edad tiene ya mi querido tío? ¿A qué edad comienza uno a sentirse rey de verdad?

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— ¿Sabes, tortolita, que puedes resultar, a veces, un tantico cruel?

ANTÍGONA.— Cuando paso delante de los sillones de mimbre de vuestro Casino y contemplo aquella procesión de gastadas pupilas, tan opacas como las perlas que pinchan en sus corbatas, no puedo dejar de preguntarme: ¿cuántos reyes tenemos en Tebas?

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— ¡Mi pequeño salvaje, siempre enseñando sus diente-cillos recién estrenados...! En cambio, nosotros, ya ves, procurando, también siempre, darte alguna pequeña satisfacción...

ANTÍGONA.— ¡Ya sé...! La tía, siempre que vengo a comer, baja a recoger su manojito de flores para adornar la mesa. Y el tío, cuando llega mi cumpleaños, se acuerda de pasar por la tiendecita correspondiente. «¿Cuántos cumple este año la fierecilla? ¿Diecisiete ya...?»

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Pues ya ves: también esta vez me acordé. *(Se acerca al arca. Saca el collar que llevaba en su faceta isménica. Se lo tiende a ANTÍGONA. Ésta lo coge un momento. Lo contempla.)*

ANTÍGONA.— La primera de tus tentaciones: la falsa revolución...

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— ¿Cómo dices, ranita?

ANTÍGONA.— *(Arroja con rabia el collar al suelo. Grita.)* ¡Cerdo!

(Todos los componentes del CORO se ponen inmediatamente en pie. Comienzan a golpear con sus largos bastones en el suelo. Ritmo lento que acompasa su recitación.)

CORO.— ¿Hasta dónde llegará tu paciencia, Creón?
Ya ni siquiera las civilizadas maneras
del discutir respeta.

El soez exabrupto y la frase rahez
son los únicos argumentos
que emplea.
¿Hasta dónde tu magnanimidad
para no aplastar, de una vez,
tan grosera actitud?

ANTÍGONA.— ¡Cerdo asqueroso...! Guárdate las estúpidas cáscaras de tu revolución reducida a los signos y a los gestos...

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— ¿Dónde quieres llegar, Antígona?

ANTÍGONA.— ... Signos que, al propio tiempo, te engordan la faltriquera vendiéndolos como pan caliente a los consumidores de collares, de amuletos, de cantantes rebeldes... ¡Rey tendero! ¡Cerdo, cerdo, cerdo, cerdo...!

(El CORO golpea con sus bastones, cada vez con un ritmo más vivo, tapando las voces de ANTÍGONA. Algunos componentes del CORO se acercan a la superficie blanca de la «muralla» y escriben sobre ella con pintura negra frases como: «Lapidación para Antígona», «Antígona al patíbulo», «Antígona a los buitres».)

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Creo que tendré que retirarme a mi despacho. No quiero terminar enfadándome con mi ranita.

ANTÍGONA.— ¿Ya no me llamas por mi nombre? ¡Pobre tío! Ya ves a lo que conduce el no haberme dado, a su debido tiempo, un buen par de azotes. Aunque también hubiera tenido su eficacia el colgarme de uno de esos ganchos, al lado del pajarraco.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Te dejo. Tu tía ya no puede tardar.

ANTÍGONA.— De acuerdo, tío. Esperaré y, entretanto, escucharé un poco de música. Algo del último conjunto destripador de reyes. ¿Cuál me aconsejas?

(Suena música pop. ANTÍGONA comienza a bailar con irónica provocación. ISMENE-CREÓN-HEMÓN recoge del suelo el collar y se lo tiende a ANTÍGONA.)

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Todavía puedo recoger del suelo lo que dejó caer una damita. A pesar de lo viejo que se me cree...

ANTÍGONA.— Y me pondré el collar enhebrado con huesecitos de degollados burgueses. Pero ¿no te retirabas, tío?

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Creo que no debo hacerlo sin tratar de que cambies tus particulares ideas sobre los viejos. ¿No los llamáis así?

ANTÍGONA.— Algunos prefieren usar otra palabra. Pero no te preocupes. Ya les arrancaron la lengua en algún cuartito de tus sótanos. *(El CORO se pone nuevamente en pie. Levanta los bastones para golpear el suelo. ISMENE-CREÓN-HEMÓN los detiene con un gesto.)* ¿No te ibas?

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— *(Sin que ANTÍGONA deje de danzar.)* No soy ese personaje inflexible que imaginas. Nadie mejor dispuesto que yo a escuchar lo mucho que, sin duda, tendréis que decir los jóvenes. Incluso puedo admitir que, en ocasiones, lo expreséis con demasiada vehemencia. Es la sangre que os hierve. La indomable fuerza que anima la vida del universo todo...

ANTÍGONA.— *(Sin dejar de danzar.)* ¡Comienzas bien! Poesía cósmica digna de la clientela más dorada. ¡Sigue!

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Pero dejo de estar de acuerdo cuando esa energía vital se desparrama sin objeto y sin meta. Como una semilla que se esparciese sobre la roca.

ANTÍGONA.— ¡Bravo! ¡Lirismo, ahora!

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Dejo de estar de acuerdo, te decía, en que esos actos, que consisten en enterrar un cadáver o en quemar una bandera, se cometan sin saber por qué...

ANTÍGONA.— *(Deja de danzar.)* ¡Lo sabemos, no creas...! Para no llegar a convertirnos, algún día, en esa galería de reyes apergaminados de vuestro Casino. Llenos de tresillos y de lujurias estancadas. *(Vuelve a danzar.)*

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— ... se cometan sin saber por qué, bajo el signo de la perturbación y de la anarquía. Eso es algo que yo, en tanto que sea lo que soy...

ANTÍGONA.— Uno entre los tantos reyes de Tebas...

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— ... en tanto que sea lo que soy, no estoy dispuesto a consentir jamás.

ANTÍGONA.— ¡Y, por último, épico-triunfal! ¡Mi tío resultó ser todo un orador! Tu Consejo de matusalenes seguro que te aplaudirá a rabiar con piezas semejantes. ¿Por qué no te dedicas al teatro?

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Y, sin embargo, no todos los jóvenes se comportan tan gratuitamente. ¿O acaso no son jóvenes toda esa legión que se dedica seriamente al estudio?

ANTÍGONA.— Conveniencia embutida en docilidad: la segunda de tus propuestas tentadoras.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Esos jóvenes que se esfuerzan por adquirir unos conocimientos para ocupar, en su día, unos puestos que nosotros dejaremos vacantes. Es ley de vida...

ANTÍGONA.— *(Deja de danzar. Le interrumpe, cortante, pero sin alzar la voz.)* ¡Cerdo! ¡Revienta con tus puestos a heredar y tus leyes de vida! ¡Déjame chupar ahora y yo te lo dejo todo preparado para tu chupe cuando yo me haya elevado al paraíso. Toma y daca. Hasta de tu propia muerte haces mercancía. ¡Cerdo!

(El CORO se pone nuevamente en pie. Alza los bastones verticales al suelo, lo más arriba posible.)

CORO.— ¡Basta ya, rey Creón!
 La nueva Tebas
 no puede permitirse
 una cabecera de su Estado
 sin la firmeza suficiente
 para acabar con el escándalo
 que esa gran hija del infierno
 supone.
 Si tu ambiguo proceder
 no basta a callar
 esa maldita lengua,
 nosotros tomaremos
 la justicia imprescindible
 por nuestra propia mano.

(Gran golpe unísono de los bastones contra el suelo.)

ANTÍGONA.— Ya los oyes, Creón. Tu moderna teoría del Estado, tu engañar en vez de pasar a cuchillo, ha terminado por dejarte entre dos fuegos: la llamita de la pobre Antígona y las hogueras de la acción directa.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— En efecto, manzanita. Me parece que piden tu cabeza.

ANTÍGONA.— Y tú se la darías con tal de que no te apearan de tu machito imperial. Pero no estoy dispuesta a dar gusto a esos verdugos patriotas. No haréis de mi cuerpo el pan de vuestra cena de compinches. Ni de mi sangre, el vinillo que moje vuestro almuerzo de trabajo. ¡No habrá transubstanciación ni víctima emisaria! ¡Adelante, Hemón!

CORO.— ¿Cuál es la torcida intención
de esta culebra?
¿Qué pretende de Hemón,
el príncipe heredero?

ANTÍGONA.— ¡Adelante, futuro rey de Tebas! ¡Hijo del rey Creón y prometido desde la cuna a Antígona, hija de un rey y reina venidera! ¡Matrimoniarémos, engendrarás en mí reyes y reyes, yo pariré para ti reyes y reyes, y colorín, colorado...!

(Se quita la túnica roja y la arroja fuera de la plataforma. Queda desnuda o con una malla blanca. Ella e ISMENE-CREÓN-HEMÓN se acercan al arca. ANTÍGONA saca de la misma un muñeco de tamaño natural con el rostro de porcelana idéntico al de ella misma y vestido con un gran traje de noche moderno, de color negro y larga cola. Saca del arca diversas joyas —collar de perlas, pulsera de esmeraldas, pendientes, etc.— y se las pone al muñeco. ISMENE-CREÓN-HEMÓN se pone un esmoquin blanco y toma la personalidad de ISMENE-CREÓN-HEMÓN. Durante esta acción, toda a la vista del espectador, habla el CORO agrupado en primer plano de la escena y dirigiéndose al público.)

CORO.— Entre todas las maravillas de mundo
la gran maravilla es el hombre.

Dotado del espíritu más ingenioso,
aprende de la brisa que riza el mar del norte,

aprende del viento del sur que sopla desde tierra,
aprende a domeñar, en torno suyo,
el mundo y los códigos que lo regulan.

Dueño ya de un supremo saber
llega a creer que elevarse puede
sobre las leyes de la ciudad
que lo nutren y alumbran
y así se desparrama en el error
y hace que la ciudad se le cierre
y lo excluya.

Pero el tiempo y la sazón de la edad
lo harán regresar a la sabia razón.
Como en un caliente estuche
el hombre, la maravilla entre las maravillas,
por la madura seguridad se dejará envolver
y las leyes acatará de la ciudad
ya para él definitivamente abierta
y propicia.

(Todos los componentes del CORO depositan los bastones en el suelo. Dos de ellos suben a la plataforma y sacan del arca una gran bandeja de plata, dos copas del mismo metal, una historiada botella llena de un líquido rojo, como sangre, y un mantel de mucho encaje. Llevan el arca al centro de la escena y colocan aquellos objetos sobre ella. Aproximan las dos sillas a ambos extremos y se retiran de la plataforma. Se sienta en una de las sillas ISMENE-CREÓN-HEMÓN. Se acerca a él ANTÍGONA y le hace unas carantoñas.)

ANTÍGONA.— Tú serás la madura seguridad en la que Antígona se incruste. La última de las tentaciones terminó, al parecer, por llevarse la salvaje gati-ta al agua. El tiempo, domeñador de la traviesa juventud... *(Coge el muñeco vestido y aperijolado y lo sienta en la otra silla. Lo besa en*

ambas mejillas.) No serás lapidada como dispusieron los sangrientos padres del teatro que contigo se hiciera... (Escupe al muñeco en el rostro.) Antígona... ¡cerda!

(Baja de la plataforma y se pasea entre los montones de desechos. Da patadas a algunos de ellos. Luego «encuentra» la túnica roja y se la pone. El CORO se vuelve de espaldas al público y la señala.)

CORO.— Este nuevo personaje ¿quién lo conoce?
 ¿Se trata de uno de los nuestros?
 ¿Cuál es su nombre?
 ¿Forma parte del coro?
 ¿Es, acaso, un extraño?
 ¿En Tebas vio la luz?

ANTÍGONA.— Extraña soy a Tebas aunque en Tebas naciera. Y mi nombre es Antígona, mal que les pese a los que así denominan a ese vendido pelele de palacio.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Antígona, mi estrella, ¿comenzamos nuestro nupcial banquete?

ANTÍGONA.— Sí, rey Edipo, cenemos.

(Coge la gran bandeja y se aproxima al sitio donde quedara el pollo-Polinice después de descolgarlo. Lo coloca sobre la bandeja y lo lleva, con gran ceremonia, sobre la mesa-arca. Parte sendos cachos de pollo y los pone delante de ISMENE-CREÓN-HEMÓN y del muñeco antigoniano. ISMENE-CREÓN-HEMÓN se dirige al tal muñeco. ANTÍGONA se coloca detrás de ISMENE-CREÓN-HEMÓN.)

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— El pan está exquisito, mi cielo.

ANTÍGONA.— Sí, rey Polinice.

(ANTÍGONA sirve líquido rojo en las copas y regresa tras ISMENE-CREÓN-HEMÓN. Éste levanta la copa.)

ANTÍGONA.— Sí, rey Creón, brindemos.

ISMENE-CREÓN-HEMÓN.— Antígona, mi reina, ¿no sientes como algo mágico que flotara sobre nuestro amor?

ANTÍGONA.— Sí, rey Hemón: como una peste.

(Fin.)